

palabras entendieron que predecía que con *su fin finaba también el señorío de Molina*; y no fué poco para ellos que á la muerte de sus dos últimas señoras y de su perseguidor D. Sancho se encargara de la gobernación del reino y tutela de Fernando IV doña María de Molina, á la que reconoce la Historia con el nombre de D.<sup>a</sup> María la Grande, que con su virtud y altas prendas hizo más llevadera la incorporación del Señorío á la Corona.

Como miro título y cosa nominal, una vez vinculado en la corona desde los tiempos de D. Sancho el Bravo.

Con todo, los de Molina y su tierra conservaron siempre ciertos aires de independencia. El desdén de D. Enrique el Tricida seduciendo al señorío á Mosén Beltrán Chacón (Duquesa) costóle caro, pues los de Molina hubieron de echarse en brazos de los aragoneses, al ver las atrocidades que los aventureros franceses habían cometido en Soria; y acudieron á todos los medios para pedir su independencia.

De Catayud, D. Juan de Guzmán, al presuroso con sus hombres de aquella ciudad, armas y bastimentos, como lo hizo (v). Mas pasado el apuro, y no estando conformes todos los vecinos con la sumisión al rey de Aragón, surgieron algunos conflictos hasta que volvió á incorporarse á la corona de Castilla.

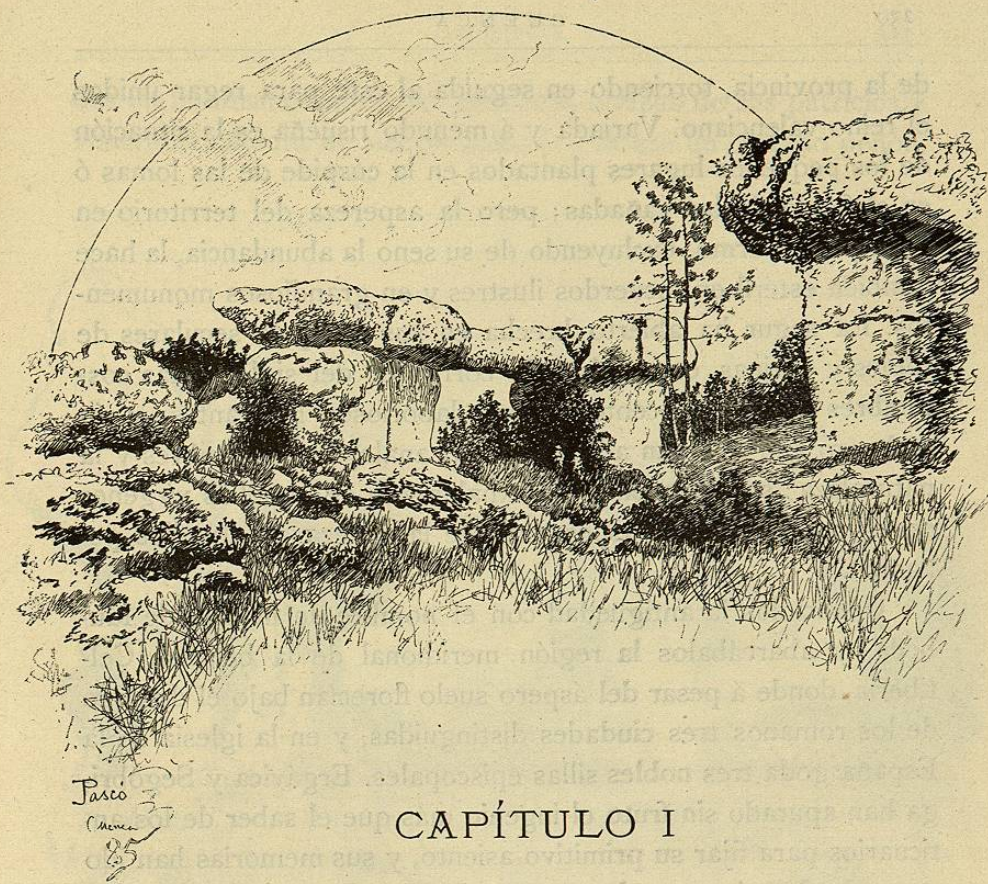
Desde entonces comenzó la decadencia de Molina y de su antigua pujanza señorial. Bien lo había previsto la infuante D. Blanca, cuando al morir hizo pintar en varios parajes de la torre del homenaje en el alcázar de Molina, donde espiró, un triste rótulo que decía: «*Mi fin, mi día y el muestro*», dando á entender que en todas sus acciones había tenido por fin el cumplir la benedictoria, haciendo el bien posible á la villa y al señorío; al paso que ella distinguía de esos bienes. Pero los que creyeron hallar latente y misterioso sentido en aquellas

(v) Véase el tomo II de la Historia de Catayud, págs. 17 y 18, por D. Vicente de la Fuente.

## CUENCA

### CAPÍTULO I





## CAPÍTULO I

Descripción general de la Provincia

**P**ARTIENDO de levante y norte las empinadas sierras, cuyo espinazo ó tronco traza el límite divisorio entre Aragón y Castilla, forman de la provincia de Cuenca un extenso declive que, bajando hacia poniente y mediodía, viene á perderse en las rasas llanuras de la Mancha. De su vértice más alto, hacia las cumbres de Tragacete, descienden caudalosos y nombrados ríos: y mientras el Tajo siguiendo la vertiente opuesta lleva sus nacientes aguas al señorío de Molina, el Guadiela en dirección al oeste enfila los angostos valles de Priego, y el Júcar y el Cabriel, casi paralelos en su curso, recorren de norte á sur la longitud

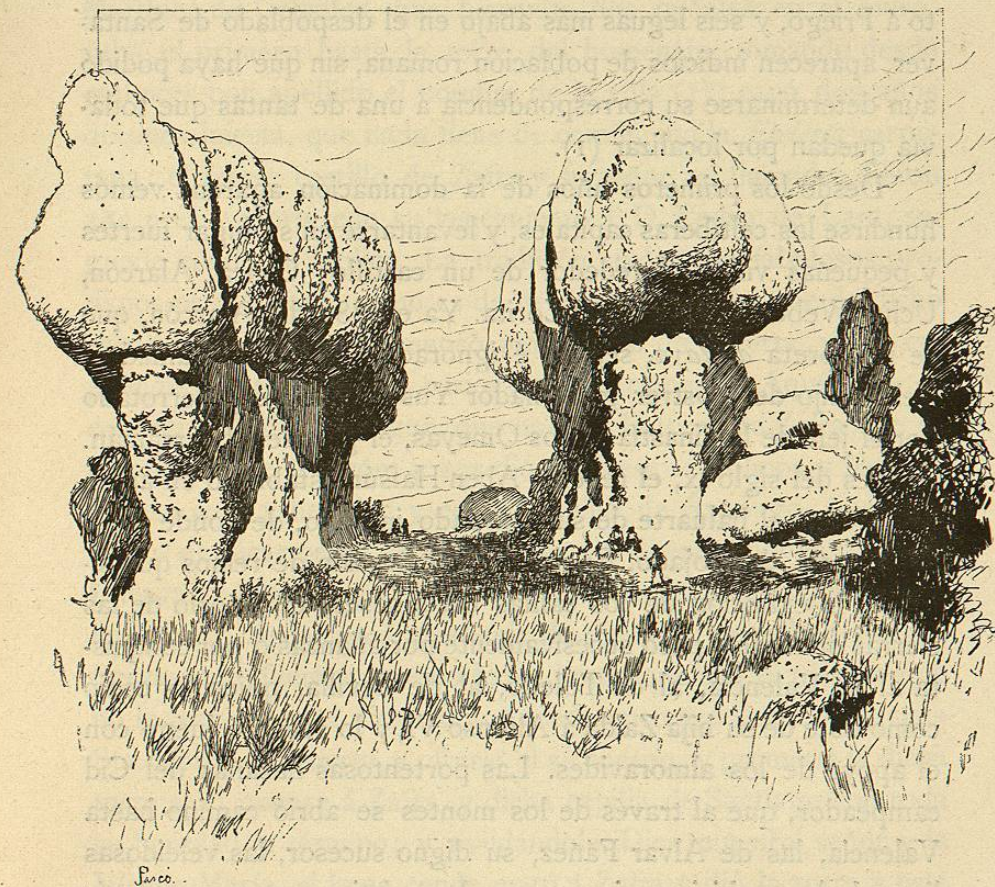


de la provincia, torciendo en seguida al este para regar unidos el reino valenciano. Variada y á menudo risueña es la situación de los pequeños lugares plantados en la cúspide de las lomas ó en el fondo de las cañadas; pero la aspereza del territorio en gran parte yermo, excluyendo de su seno la abundancia, la hace también estéril en recuerdos ilustres y en grandiosos monumentos. La segur ha abierto brecha en sus bosques seculares de robles y encinas, como el soplo corruptor del siglo en las costumbres puras é inocentes de sus laboriosos habitantes; y sin embargo aún guardan allí cierta feliz analogía los hombres y la naturaleza: suaves aromas se exhalan aún de aquellas vírgenes espesuras, preciosos jaspes encubre la rudeza de aquellos peñascos.

Conociólos la antigüedad con el nombre de montes de Idúbeda, y abarcábalos la región meridional de la belicosa Celtiberia, donde á pesar del áspero suelo florecían bajo el dominio de los romanos tres ciudades distinguidas, y en la iglesia de la España goda tres nobles sillas episcopales. Ergávica y Segóbriga han apurado sin fruto el ingenio más que el saber de los anticuarios para fijar su primitivo asiento, y sus memorias han ido vagando de ruina en ruina como en busca de domicilio (1): únicamente Valeria, trocando apenas de nombre, pero sí de condición, subsiste á cinco leguas y al mediodía de Cuenca, confundí-

(1) Las indicaciones históricas y geográficas que de Ergávica y Segóbriga se hallan en Tito Livio, Plinio y Tolomeo, á pesar de inauditos esfuerzos, no han podido ser todavía satisfactoriamente conciliadas. La reducción de Segóbriga, *cabeza ó principio* de la Celtiberia, á la moderna Segorbe, situada en la Edetania, fué impugnada vigorosamente por Morales y Zurita, á pesar de la semejanza del nombre y de los monumentos romanos que allí abundan; Flórez, Masdeu y otros autores modernos insisten no obstante en sostenerla. Mayor oscuridad todavía existe con respecto á la situación de Ergávica, ciudad noble y poderosa, según Livio, que Morales coloca en Santaver ó en el cerro de Peña-escrita sobre la línea del Guadiela, conformándose á uno ú otro parecer la mayor parte de escritores. Sin embargo, al mediodía de Uclés, en el despoblado de Cabeza de Griego, aparecen vestigios de una grandiosa ciudad romana, y el hallazgo de dos sepulcros de obispos no permite dudar que fuese cabeza de diócesis, en cuyo caso no puede ser otra que Segóbriga ó Ergávica: una vez admitida la opinión que reduce á Segorbe la primera, aquellas ruinas no pueden menos de pertenecer á la segunda.

das en un mismo polvo las gentílicas tumbas de sus patricios y venerable cátedra de sus prelados (1). Sobre un cortado peñón,



SITIO LLAMADO LA CIUDAD ENCANTADA

ceñido de fosos naturales, al sur de la humilde villa, reconócense

(1) Entre los obispos Valerenses no son conocidos sino los que asistieron á los concilios de Toledo, á saber: Juan en 589, Magnencio en 610, Eusebio de 633 á 637, Tagoncio de 638 á 654, Esteban en 655, Gaudencio de 675 á 693. El padre Flórez publica hasta veinticinco inscripciones sepulcrales copiadas diligentemente por el P. Burriel, y en una de ellas se menciona la república Valerense: el nombre de la ciudad indica que debió su fundación ó su ensanche á los romanos después de sometida la Península. De sus ruinas han nacido dos poblaciones con el nombre de Valera, la *de arriba* al norte inmediata á la antigua, la otra una legua más abajo, ambas pertenecientes al señorío de los Alarcones.



las calles del ilustre municipio; pero unos vestigios de *termas* ó baños públicos es cuanto resta en pie de sus construcciones. También á orillas del Guadiela, en el cerro de Peña-escrita, junto á Priego, y seis leguas más abajo en el despoblado de Santa-ver, aparecen indicios de población romana, sin que haya podido aún determinarse su correspondencia á una de tantas que todavía quedan por localizar (1).

Desde los primeros años de la dominación agarena vemos hundirse las celtíberas capitales, y levantarse en su lugar fuertes y pequeñas villas al rededor de un castillo; Conca, Alarcón, Uclis, Webde, Santiberia y Zorita. Ya en 784 dió Alarcón, que se interpreta *atalaya*, seguro é ignorado asilo á Muhamad el Fehri, hijo del postrer gobernador Yusuf, prófugo y derrotado por el jefe de la dinastía de los Omeyas, el grande Abderramán. Á fines del siglo ix, el rebelde Aben Hafsún estableció en aquellas breñas el baluarte de su usurpado imperio, de donde fué á gran costa desalojado. En la desmembración de reinos que siguió á la extinción de los califas cordobeses, el señorío de las sierras orientales pasó sucesivamente por alianzas ó por conquista al de Valencia, al de Toledo, al de Sevilla, quien lo cedió como dote de su hija Zaida á Alfonso VI, y lo recobró luego con el apoyo de los almoravides. Las portentosas hazañas del Cid campeador, que al través de los montes se abrió camino hasta Valencia, las de Álvarez Fáñez, su digno sucesor, las veleidosas ligas de los ambiciosos jeques con los cristianos para combatir á los almoravides ó entre sí propios, pusieron repetidas veces al estandarte de la cruz en posesión de aquellas enriscadas fortalezas; pero no se clavó definitivamente en sus murallas, sino des-

(1) Las reducciones de *Caisada* á Hita, de *Mediolum* á Molina ó Moya, de *Istonium* á Cañavate, de *Libana* á Villar del Maestre, de *Urcesa* á Requena ó Utiel, de *Centóbriga* á Brihuega, son muy dudosas y fundadas en débiles conjeturas; y aun estas faltan con respecto á Bursada, Laxta y Alaba que, según la graduación de Tolomeo, pertenecían á la misma región. En las historias árabes figura la fortaleza de Santiberia correspondiente á Santaver, nombre de origen evidentemente cristiano y anterior á la invasión sarracena.

pués que hubo sucumbido Cuenca en 1177 ante los esfuerzos combinados de Castilla y Aragón. Rindióse Alarcón en 1184 tras de nueve meses de sitio, escalada por el arrojo de Fernán Martínez de Ceballos, que hincando dos puñales en el muro, subió el primero hasta la torre del homenaje, tomando desde entonces por apellido el nombre de la villa (1); cayó dos años después Iniesta, que nada tiene de común con la *Etelesta* carpetana; el fuerte castillo de Zafra y su señor así llamado, dieron alta prez y gloria con su vencimiento á D. Pedro de Lara, segundo conde de Molina. La tradición realzó con fabulosos prodigios esta hazaña, como es de ver en el epitafio que de dicho caballero se leía en el famoso monasterio de Huerta, y que copiamos entero por sus curiosas indicaciones: «Aquí yace el conde D. Pedro Manrique, que nos dió la torre de Zafra que es en término de Alarcón, y nos dió la presa y molinos y batan y la casa con la heredad y con su capilla de Santiago, que está ribera de Júcar cerca de Albadalejo del Cuende que es cerca de Cuenca; y este valeroso conde mató al moro Zafra, que era un moro muy descomunal, que tenia de ojo á ojo un palmo y otras figuras muy fuertes, que no había home que con él pelease que no le matase; y el dicho señor conde encomendóse á la Virgen Sta. María de Huerta, y ofreció el su cuerpo, y prometió la dicha torre si él matase á Zafra, y dicha capilla de Santiago con toda su heredad y término; y ayudándole Dios nuestro señor y la Virgen María, el buen conde mató á Zafra y dió la torre á este monesterio, la cual dicen hoy la Torre del Monge, que es término de Alarcón cerca de Villar del Sauce, y la presa con los molinos y la casa con su término y con su capilla de Santiago:

(1) La importancia de esta toma de Alarcón por Alfonso VIII, la encarece en estos términos el arzobispo D. Rodrigo: *Cæpit Alarconem in rupibus sempiternis, et firmavit seras defensionis; aldeis multis dotavit illud, ut abundaret in eo incola fidei; constituit fortes in munimine, ut esset Arabibus via necis; deserta apte replevit gentibus, et in via tutatus est habitatores; alcarias rupium domuit populis, et duritiam silicis convertit in vias.* (Lib. VII, c. 27.)